OSIO DE CÓRDOBA Y LA UNIDAD DEL MUNDO MEDITERRÁNEO: EL CRISTIANISMO DE LOS CUATRO PRIMEROS SIGLOS

Patricio de Navascués

El presente artículo se enmarca en las jornadas que se llevaron a cabo gracias a la colaboración entre la Facultad de Literatura Cristiana y Clásica San Justino (Universidad Eclesiástica San Dámaso) y Casa Árabe, jornadas tituladas *Oriente cristiano y mundo árabe.* Esos días, quisimos salir de nuestro ámbito habitual de estudio, la literatura árabe cristiana antigua, para adentrarnos en la vida de las comunidades cristianas que actualmente viven en los países árabes, en concreto, en las comunidades de Egipto, Siria, Iraq, el Líbano y Palestina. No obstante, con seguridad, cabe señalar que algunos de estos cristianos se encuentran, hoy en día, fuera también de estas fronteras —y no me refiero ahora a los que, desde hace muchos años, viven en América o en Europa, sino a los que últimamente se han visto forzados a establecerse en Turquía, en Jordania o en otros lugares más o menos cercanos—. En este contexto, nos preguntamos por su futuro, por el horizonte que tienen por delante.

Para tratar de precisar un poco mejor el discurso, el objetivo de las conferencias pasó por establecer diferencias entre países. Sin embargo, si se nos permite generalizar, podríamos decir sin miedo a equivocarnos que una ola de seria preocupación se ha desencadenado en estos últimos años, merced a diferentes fenómenos de orden político que han afectado seriamente a los cristianos de esta zona del Oriente árabe.

Así pues, esos días de conferencias y diálogos quisieron infundir luz en una situación bastante oscura. Ahora bien, somos muy conscientes de la precariedad de nuestro intento. Igual que el salmista: ante la complicación que presentan estas comunidades cristianas del mundo árabe oriental, el espíritu que anima a nuestra facultad a organizar estas jornadas no es el de un corazón ambicioso. *No* pretendemos *grandezas* (cf. Sal. 130:1). Es más, hay muchas iniciativas seguramente bastante más eficaces que esta nuestra. Y somos conscientes, además, de que algunos de estos cristianos estaban y están sufriendo, mientras nosotros hablábamos sobre ellos. Queremos, sin embargo, reaccionar con esperanza, confiados en que la reflexión tampoco es inútil y en que se adecúa a la tarea que puede y debe hacer una universidad que se precie de tener ese nombre.

Igualmente, al plantear las jornadas no quisimos olvidar el pasado. El hombre que no conoce su pasado difícilmente puede proyectar su futuro con sentido. Esta fue la razón del módulo I, al que dedicamos la mañana del primer día y que llevó como título «Las raíces históricas de las comunidades cristianas actuales». El carácter, pues, de este artículo —y de la conferencia— es fundamentalmente introductorio y no entra de lleno en materia. Discurriré sirviéndome de algunos datos escogidos ante la imposibilidad de abordar este tema en el tiempo señalado. Sobre todo, pretendo mostrar, hacia la mitad del artículo, a través de una figura eclesiástica del siglo IV, Osio de Córdoba, cómo las diferentes comunidades cristianas que se pueden detectar en el siglo IV, unidas en torno a la fe y a la caridad, desde el punto de vista geopolítico, hacían coro todas ellas en torno al *Mare Nostrum.*

Pero, antes de llegar al obispo hispánico que vivió dilatadamente desde finales del siglo III hasta más allá de la mitad del siglo IV, permítaseme referir algunos datos pertenecientes a los siglos anteriores que pueden iluminar nuestra reflexión.

Flavio Josefo (37-100), historiador judío, recoge, supuestamente, el discurso del rey Agripa pronunciado en el año 66 en el que se dirige así a los judíos:

> Pero ellos han buscado algo más que eso, pues no les ha bastado tener al oriente todo el Éufrates, al norte el Istro, al sur la Libia explorada hasta las regiones del desierto, y al occidente Gadea, sino que han intentado encontrar otra tierra habitada al otro lado del océano y han llevado sus armas hasta los pueblos bretones, hasta entonces desconocidos. ¿Es que vosotros sois más ricos que los galos, más fuertes que los germanos, más sabios que los griegos, más numerosos que todos los habitantes del mundo? ¿Qué os mueve a levantaros contra los romanos?[1]

Así, según el historiador Flavio Josefo, de dudosa honradez,[2] exhortaría el rey Agripa a los suyos a no rebelarse contra el imperio. Lo que nos interesa es, al margen de la intención de Flavio Josefo, poner de relieve a partir de este portavoz entre judío y romano cómo, en tiempos de la primera misión cristiana, se ofrecía el imperio como un mundo dilatado con pretensiones de unidad.

A decir del rétor pagano Elio Arístides, en su célebre *Discurso a Roma,* en la segunda mitad del siglo II, se vivían tiempos providenciales en los que los romanos habían cumplido los oráculos de Homero:

> Y en efecto, lo que todos dicen, que la tierra es la madre y la patria común de todos vosotros lo habéis demostrado de la mejor manera. En efecto, ahora es posible tanto a un griego como a un bárbaro, llevando sus posesiones o sin sus bienes, viajar a donde quiera con facilidad, como quien pasa sin más desde su patria a su patria. Y ni las Puertas Cilicias causan miedo, ni los desfiladeros y caminos arenosos que, atravesando Arabia, se dirigen a Egipto, ni las montañas inaccesibles, ni la infinita grandeza de los ríos, ni las insondables tribus bárbaras, sino que para gozar de seguridad basta con ser romano, o mejor, uno de los que están bajo vuestra autoridad. Y tras haber medido toda la ecúmene, ponteado los ríos con viaductos de todas las clases, devastado las montañas para que fuesen aptas para el paso de los carruajes, cubiertos los desiertos con postas, tras haber civilizado toda la tierra con vuestra manera de vivir y vuestro orden, vosotros habéis convertido en realidad lo que Homero dijo: «La tierra común para todos».[3]

El sistema romano de comunicaciones, por tanto, se revela fundamental a la hora de dotar de unidad al imperio, en la época de mayor extensión. El propio

1 Flavio Josefo (1997). *La guerra de los judíos. Libros I-III* [Introducción, traducción y notas de J. María Nieto Ibáñez]. Madrid: Gredos, p. 333.

2 *Ibídem,* pp. 13-19.

3 Elio Arístides (1997). Discurso a Roma 100-101, en *Juan Manuel Cortés Copete. Elio Arístides. Discursos.* IV. Madrid: Gredos, pp. 265-266.

Ireneo de Lyon, pocos años más tarde, reconocerá de pasada, al hilo de otro argumento, que «el mundo les debe a los romanos la paz, y gracias a ella caminamos sin temor por tierra y navegamos adonde queremos» (*AH.* IV, 30:3).[4]

En la misma época aproximadamente, más explícito aún resulta Melitón de Sardes, quien escribe dirigiéndose al emperador:

> Efectivamente, nuestra filosofía [entiéndase la fe cristiana] alcanzó su plena madurez entre bárbaros, pero, al haberse extendido también a tus pueblos bajo el gran imperio de tu antepasado Augusto, se ha convertido, sobre todo para tu reinado, en un buen augurio, pues desde entonces la fuerza de los romanos ha crecido en grandeza y esplendor. De ella eres tú el deseado heredero y seguirás siéndolo con tu hijo, si proteges a la filosofía que se crió con el Imperio y comenzó a la vez que Augusto, y a la que tus antepasados incluso honraron a la par que otras religiones. La prueba mayor de que nuestra doctrina [cristiana] floreció para bien junto con el Imperio felizmente comenzado es que, desde el reinado de Augusto, nada malo ha sucedido, antes, al contrario, todo ha sido brillante y glorioso, según las plegarias de todos. Entre todos, solamente Nerón y Domiciano, persuadidos por algunos hombres malévolos, quisieron calumniar a nuestra doctrina, y ocurre que de ellos derivó, por costumbre irracional, la mentira calumniosa contra tales personas [...]. (Melitón, *apud* Eusebio de Cesarea, *H. e.* IV, 26, 7-9).[5]

El impulso evangelizador que los cristianos viven como recibido de Jesús resucitado, según Mateo (Mt. 28:19): «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo [...]», y que encuentra un punto de apoyo en la vocación universalista del Imperio romano, lo que se puede advertir en páginas de Cicerón, Salustio, Tito Livio o Virgilio, entre otros, comenzó a dar sus frutos con una eficacia sorprendente.

Así, por ejemplo, en una reciente monografía sobre el nacimiento del cristianismo, se estima que las áreas geográficas que registran una presencia notable de comunidades cristianas en el siglo I son Palestina, Fenicia, Siria, Chipre, Cilicia, Licaonia, Pisidia, Frigia, Asia, Grecia, Bitinia, Capadocia, Galacia, Iliria y Roma. Y señala las localidades de Jerusalén, Antioquía, Pella, Cesarea Marítima, Jope, Lida, Nazaret, Damasco, Tolemaida, Tiro, Salamina, Pafo, Antioquía de Pisidia, Colosas, Hierápolis, Iconio, Listra, Perge, Éfeso, Laodicea, Mileto, Pérgamo, Filadelfia, Sardes, Esmirna, Tiatira, Tróades, Corinto, Filipo, Tesalónica, etcétera.[6] Oscuros permanecen los orígenes del cristianismo en Alejandría[7] y en Siria oriental (Edesa),[8]

4 Antonio Orbe (1996). *Teología de San Ireneo* [Traducción y comentario del libro IV de Ireneo de Lyon *Adverus Haereses*]. Vol. IV. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, p. 419.

5 Eusebio de Cesarea (1997). *Historia eclesiástica.* Vol. I [Traducción, introducción y notas de Argimiro Velasco Delgado]. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, pp. 255-26.

6 Enrico Norelli (2014). *La nascita del cristianesimo.* Boloña: Il Mulino, pp. 113-115.

7 Extensamente sobre este tema, véase Jorge Juan Fernández Sangrador (1994). *Los orígenes de la comunidad cristiana de Alejandría.* Salamanca: Universidad Pontificia.

8 Véase Paolo Bettiolo (1989). Lineamenti di patrologia siriaca, en *Antonio Quacquarelli (ed). Complementi interdisciplinari di patrologia.* Roma: Città Nuova, pp. 509-512.

pero parece razonable presumir la existencia de cristianos antes del siglo II en Alejandría y a lo largo del siglo II para Edesa.

En este clima de universalismo patrocinado por las aspiraciones del Imperio romano, que vienen a coincidir con el deseo de la misión cristiana de alcanzar a todos los pueblos, encontramos a Justino, un cristiano emblemático también en este aspecto. En efecto, él se expresa así (en su primera *Apología I,* 1):

> Al Emperador Tito Elio Adriano Antonino Pío César Augusto, y a Verísimo, su hijo, filósofo, y a Lucio, hijo por naturaleza del césar, filósofo, y de Pío por adopción, enamorado del saber, y al sagrado senado y a todo el pueblo romano, en favor de los hombres de toda raza injustamente odiados y calumniados: Yo, Justino, hijo de Prisco, que lo era a su vez de Bacquio, oriundo de Flavia Neápolis, de Siria, Palestina, y uno de ellos, he compuesto este discurso y esta súplica.[9]

Su persona y su vida hablan por sí solos: perteneciente, con probabilidad, a una familia de colonos romanos, nació en plena Samaria (en la ciudad llamada otra vez Siquén y, después, Flavia Neápolis —la actual Nablús, en territorio palestino—), se educó en el ambiente helenístico propio del imperio, poseyó un gran conocimiento de las doctrinas rabínicas del momento, se formó teológicamente en la tradición de Asia Menor y vino a parar a Roma, en donde abriría una de las primeras escuelas de cristianismo, en pugna con las de otros herejes cristianos, y en donde terminaría muriendo mártir. Lo judío y lo pagano, las provincias de Siria, Asia Menor y la capital de Roma se entrecruzan en la persona de este filósofo mártir, poniendo de manifiesto la difusión del cristianismo en el único Imperio romano.[10]

Esta tendencia de dilatarse inherente a la comunidad cristiana de los primeros siglos encuentra un eco muy célebre en la obra de Tertuliano (en su *Apologético* 37, 4):

> ¡No son más numerosos los mauros, o los marcomanos, o los mismos partos, o cualquier otro pueblo que, aunque sea grande, se reduce a un lugar y a sus límites! ¡No son más numerosos que los que están esparcidos por todo el orbe! Somos de ayer y ya llenamos el orbe y todo lo vuestro: las ciudades, las islas, las alturas, los municipios, los conciliábulos, los mismos campamentos, las tribus, las decurias, la corte, el senado, el foro. ¡Os hemos dejado a vosotros solamente los templos![11]

9 Daniel Ruiz Bueno (ed.) (1954). *Padres apologistas griegos (siglo II).* Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, p. 182 (con alguna ligera modificación en la traducción).

10 Sobre este autor, con bibliografía, cf. Manlio Simonetti (2010). Justino, en *Angelo di Berardino, Giorgio Fedalto, Manlio Simonetti y Fernando Rivas Rebaque [Director de la versión española]. Literatura patrística.* Madrid: San Pablo, pp. 1008-1012.

11 Quinto Septimio Florente Tertuliano [Traducción, introducción y notas de Julio Andión Marán] (1997). *Quinto Septimio Florente Tertuliano. El apologético.* Madrid: Ciudad Nueva, p. 144.

Además de la atracción suscitada por el género de vida de los cristianos, la calzada romana contribuyó, sin duda, junto con la sinagoga, a facilitar las primeras misiones cristianas.[12]

Casi, en fiel correspondencia con la naturaleza de la Iglesia, pueblo que reúne a los judíos con los paganos, se revelan cruciales estos dos factores: la red de sinagogas generada con la diáspora judía y primer lugar natural de predicación del Evangelio de Jesucristo —como, por otro lado, lo habían sido también en la vida del propio Jesús las sinagogas de Nazaret, Cafarnaún y otras del lago de Galilea— y la red viaria romana prestan su servicio a la primera evangelización.[13]

Las comunidades cristianas se van extendiendo en torno al mar Mediterráneo, que les une geográficamente desde un lado a otro del imperio: desde la parte más occidental de Hispania hasta la más oriental de Siria, desde los límites septentrionales del Rin hasta la cordillera africana del Atlas. No es extraño sorprender en el epistolario de Cipriano de Cartago, de la segunda mitad del siglo III, la correspondencia con las iglesias del norte de Hispania, con la de Roma y con las de la lejana Capadocia, en Asia Menor.

Está claro que tanto el factor geoestratégico del *Mare Nostrum* como los otros antes aludidos de la calzada romana y de la sinagoga no bastan para explicar el florecimiento de tantas comunidades cristianas que, no obstante, logran permanecer unidas, fundamentalmente a través de tres instrumentos propios: la institución de los sínodos locales (consolidada a finales del siglo II en Asia Menor y extendida rápidamente por toda la Iglesia), celebrados una vez al año, en los que cada comunidad cristiana, reunida en torno a su obispo, trataba los asuntos más acuciantes del momento y recordaba lo esencial de la doctrina mediante la elaboración de los símbolos de fe; el intercambio epistolar entre unas iglesias y otras, que expresaba la comunión, salvando la distancia, y era costumbre habitual para la salvaguarda de la ortodoxia entre todas las iglesias; y la práctica de la caridad fraterna, que habría de ser reconocida incluso por los paganos y que era no solo expresión de tal unidad, sino también motor de la misma.[14]

Si avanzamos un poco más en la historia, llegamos por fin a nuestro personaje Osio de Córdoba, un hombre que vivió aproximadamente entre los años 256 y 357.[15] No podemos garantizar mejor la exactitud de estas fechas, pero consta

12 Véase Paolo Siniscalco (2006). Evangelizzazione (diffusione del cristianesimo), en *Istituto Patristico Augustinianum y Angelo di Berardino. Nuovo dizionario patristico e di antichità cristiane.* Vol. I. Génova: Marietti, cc. 1885-1889; y Paolo Siniscalco (2008). Viaggi-Vie di comunicazione, en *Istituto Patristico Augustinianum y Angelo di Berardino. Nuovo dizionario patristico e di antichità cristiane.* Vol. III. Milán/Génova: Marietti, cc. 5616-5618.

13 Angelo di Berardino (2012). «Missione, conversione e diffusione del Cristianesimo prima di Costantino», *Augustinianum,* 52 (1), pp. 9-64; y Paolo Siniscalco (1999). *Il cammino di Cristo nell'impero romano.* Roma: Laterza, pp. 49-52.

14 Joseph A. Fischer y Adolf Lumpe (1997). *Die Synoden von den Anfängen bis zum Vorabend des Nicaenums.* Paderborn: F. Schöningh; y Emmanuel Lanne (1997). *Tradition et communion des églises: recueil d'études.* Lovaina: Leuven University Press/Uitgeverij Peeters, pp. 199-217 y pp. 625-655.

15 Sobre el personaje, véase recientemente Juan José Ayán, Manuel Crespo, Jesús Polo, Pilar González (eds.) (2013). *Osio de Córdoba. Un siglo de la historia del cristianismo: obras, documentos conciliares, testimonios.* Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos; así como Antonio Javier Reyes Guerrero (ed.) (2015). *El siglo de Osio de Córdoba: actas del Congreso Internacional.* Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. Dependo en gran parte de estas obras para la exposición que sigue.

claramente en las fuentes antiguas su longevidad extraordinaria. Escribió poco. Al menos, no nos han llegado más que un par de cartas auténticas. Destacó, sin embargo, por sus dotes como canonista (se le atribuyen varios cánones pertenecientes a diversos concilios) y por ser un hombre de importantísimo relieve político.

Oriundo al parecer de la Bética, que, por entonces, contaba con Córdoba como capital y sede de residencia del emperador en sus eventuales viajes a Hispania, debió de ser ordenado obispo cuando era joven, antes de la celebración del Concilio de Elvira (ciudad, que debemos situar cerca de la actual Granada). Además, tuvo ocasión de ser confesor de la fe en la última y gran persecución de Diocleciano, entre los años 303 y 306.

Su estrecha relación con el emperador Constantino aparece por primera vez testimoniada con ocasión de un reparto de dinero que decide el emperador en favor de las iglesias de África. Conservamos la carta, que dice:

> Constantino Augusto a Ceciliano, obispo de Cartago. Puesto que me pareció oportuno, respecto a todas las provincias de las Áfricas, las Numidias y las Mauritanias, subvenir de alguna manera a los gastos de algunos señalados servidores de la legítima y santísima religión católica, remití una carta a Urso, el distinguidísimo superintendente de las finanzas de África, y le manifesté que procurara entregar a tu Firmeza tres mil *folles.* Tú, cuando hayas recibido la cantidad de dinero antes manifestada, ordena que el dinero sea repartido a todos los mencionados más arriba, de acuerdo con el listado que te ha enviado Osio [...].[16]

Hay más pruebas de este estrecho vínculo que unió a Constantino con Osio. Por ejemplo, este rescripto del año 321 en el que el emperador quiere evitar los fraudes y excesos ocultos en las manumisiones de esclavos:

> El emperador Constantino Augusto al obispo Osio. Considérese que, quienes con una piadosa intención hayan concedido en el interior de una iglesia una libertad merecida a sus esclavos, la han otorgado con el mismo derecho con el que se ha acostumbrado a otorgar la ciudadanía romana por medio de las formalidades habituales. Pero ha parecido bien permitir esto solo a quienes la otorguen en presencia de los obispos.[17]

Interesante resulta la siguiente parada. El historiador cristiano Sócrates testimonia cómo, en el año 324, Osio se convirtió en el portador de una epístola de elevadísima importancia dirigida por el emperador a Alejandro, obispo de Alejandría, para tratar de solucionar la controversia arriana del modo más discreto posible. Dice Sócrates:

16 Eusebio de Cesarea (2013) Historia eclesiástica (vol. X, 6, 1-5), en *Juan José Ayán, Manuel Crespo, Jesús Polo, Pilar González (eds.) Osio de Córdoba. Un siglo de la historia del cristianismo: obras, documentos conciliares, testimonios. Op. Cit.*, p. 409.

17 Codex Theodosianus (IV, 7, 1), en *Ibídem*, p. 375.

> El emperador, cuando se enteró de esto, se afligió en extremo en su alma y consideró el asunto como una desgracia propia. Inmediatamente se esfuerza en sofocar el mal que había prendido y envía una carta a Alejandro y a Arrio por medio de un hombre digno de confianza, que se llamaba Osio, y era obispo de una ciudad de Hispania llamada Córdoba. El emperador lo amaba bien y lo trataba con distinción.[18]

Allí mismo y en ese mismo año de 324, en la poderosa sede alejandrina, se celebró un concilio en presencia de Osio para tratar algunos otros problemas, distintos de la controversia arriana, que afectaban a las comunidades cristianas de la provincia de Egipto.[19]

En el mismo año 324, o si no poco después, en el 325, pero siempre antes del Concilio de Nicea, encontramos a Osio presidiendo un concilio en una de las sedes de mayor peso y tradición de toda la Iglesia: Antioquía. Allí, en efecto, se celebró un concilio muy preterido por las reconstrucciones habituales de los manuales de historia de la Iglesia. Esto probablemente se deba a que sus actas se nos han perdido en el original griego y nos han llegado solamente en su versión siríaca. Allí presidió una reunión de obispos procedentes de sedes como las siguientes: Constantinopla, Epifanía (actual Gözene, Turquía), Rafanea (actual Rafniye, Siria), Seleucia (actual Kapisuyu, Turquía), Samosata (actual Samsat, Turquía), Berito (actual Beirut, el Líbano), Damasco (Siria), un tal Pedro que podría ser el obispo de Nicópolis (actual Imwas, cerca de Ramala, en los Territorios Palestinos) o bien el obispo de Aila (actual Aqaba en Jordania) o de Gindaros (actual Jenderes, Siria), Ascalón (en el actual Israel), Epifanía (actual Hama, Siria), Beritania (Arabia), Jerusalén, Emesa (actual Homs, Siria), Nísibe, Yamnia (Palestina), Gábala (actual Jebele, Siria), etcétera. El motivo de este concilio era la acogida que algunos obispos habían concedido a Arrio, ya excomulgado en su iglesia de Alejandría. Por eso, se reúnen cincuenta y seis obispos en la sede antioquena, para tratar de fijar los límites de la comunión. El intento fallido de este concilio provocará precisamente la celebración, tan solo meses más tarde, del famoso Concilio de Nicea, previsto inicialmente en la sede de Ancira (actual Ankara, Turquía).[20]

El Concilio de Nicea, celebrado en mayo del año 325, presenta la novedad de ser convocado por el emperador. No consta, expresamente, la presidencia de ningún obispo. Pero en la lista de obispos participantes en el mismo se ofrece, en primer lugar, el nombre de Osio, como primero de los firmantes.[21] Huelga recordar la trascendencia paulatina que el Concilio de Nicea iría cobrando con el pasar del tiempo. Nosotros lo consideramos hoy, con buenas razones, ecuménico, pero la participación fue predominantemente oriental y, no obstante, como muestra de la difusión amplia de la Iglesia de un extremo a otro, el primero de entre los firmantes pareció ser Osio, al cual sorprenderemos aún de nuevo en puestos

18 Testimonio de Sócrates de Constantinopla en Historia eclesiástica (vol. 1, 7, 1), en *Ídem,* p. 671.
19 *Ídem,* p. 882.
20 Cf. texto y notas de la epístola conciliar en *Ídem,* pp. 122-133.
21 *Ídem,* pp. 136-139.

de relieve en los concilios de Gangra (Paflagonia, Turquía) o Sárdica (actual Sofía, Bulgaria), o incluso residiendo en Tréveris (actual Trier, Alemania) desterrado, o participando finalmente en Sirmio (actual Belgrado, Serbia).[22]

Este hombre, incansable político de la Iglesia, verdadero ciudadano del mundo, quien no dejó nunca de ser obispo de Córdoba y se dirigió por el territorio del actual Magreb, quien actuó como delegado imperial en la capital de Egipto, y en la de Siria, y estuvo presente en Asia Menor, en la capital de la Dacia (donde el Occidente se junta con el Oriente) y en los límites del imperio trazados por el Rin, es un buen exponente de lo que los cristianos, más allá de las tristes divisiones que se afianzarán a partir del siglo IV, doctrinales sí, pero a veces también más políticas que doctrinales, —digo— este hombre es un buen exponente de las raíces comunes de todas las comunidades cristianas que hoy en día viven en Egipto, Siria, Iraq, el Líbano, los Territorios Palestinos, las cuales, mucho antes de ser culturalmente arabizadas, hundieron sus raíces en los comienzos mismos de la misión cristiana y fueron, también, portadoras de una cultura propia con el paso de los siglos (copta, siríaca, etcétera).[23]

Esta unidad fue apoyada, decía al principio, por la red viaria romana y la red sinagogal judía. Sin embargo, este apoyo no constituyó la garantía más sólida de la unidad de las iglesias cristianas. Antes bien, se reveló ambivalente desde el comienzo. Hubo factores que generaron también conflicto. En las mismas sinagogas donde se convertían los primeros cristianos de cada comunidad, de esas mismas fueron expulsados por el mismo motivo; y, muy pronto, surgieron las disensiones, forjándose la identidad cristiana en discusión con la línea que terminará por imponerse en la religión de Israel: el rabinismo. Por otro lado, las mismas calzadas romanas que servían a los misioneros, condujeron también los pasos de los perseguidores romanos.

El monoteísmo cristiano y la alta conciencia de libertad religiosa chocaron con aspectos fundamentales de la política religiosa romana. Pertenece a un cristiano, natural del norte de África, de la zona donde hoy se encuentran Túnez y Argelia, la primera declaración explícita de libertad religiosa. En un pequeño escrito a un senador de nombre Escápula, el cristiano Tertuliano dice:

> Nosotros adoramos a un único Dios, al que todos conocéis por naturaleza, ante cuyos rayos y truenos os estremecéis, de cuyos beneficios gozáis. Además estimáis que hay otros dioses, que nosotros consideramos espíritus malignos. Sin embargo, es propio del derecho humano y de la potestad natural que cada uno adore a lo que considere; la confesión de uno no daña ni perjudica a otro. Y no es propio de la religión obligar a creer en una religión, que ha de acogerse voluntariamente y no a la fuerza, una vez que las víctimas son ofrecidas por un ánimo que lo hace de buen grado.[24]

22 Introducción de Juan José Ayán, en *Ídem,* pp. 3-10.

23 Véase Tito Orlandi (1980). La patrología copta, en *Antonio Quacquarelli (ed). Complementi interdisciplinari di patrologia. Op. Cit.,* pp. 457-502 (con bibliografía); y Paolo Bettiolo (1989). Lineamenti di patrologia siriaca, en *Ibídem,* pp. 503-603 (con bibliografía).

24 Véase Quinto Septimio Florente Tertuliano (1954). Ad Scapulam 2, 1-2, en *Eligius Dekkers (ed.) Tertullianus. Opera montanistica II.* Turnhout: Brepols, p. 1127 (traducción mía).

Además del conflicto originado entre aspectos de la política imperial y del naciente cristianismo, desde muy pronto, las comunidades cristianas fueron capaces también de mirar más allá de las fronteras imperiales, como en parte testimonia el texto de Melitón de Sardes, antes citado, y como pondrá de manifiesto la conversión de gentes no romanizadas al cristianismo a lo largo del siglo IV.[25] Precisamente en aquel momento del siglo IV, de libertad pública para la fe cristiana, en el que se podría haber esperado una mayor complacencia mutua y compenetración entre el imperio y el cristianismo, la fuerza de la misión provocaba numerosos mártires, más allá de las fronteras orientales del imperio, bajo el régimen de los persas (en parte de la actual Iraq). ¿Qué sabemos de estos cristianos que, más tarde, llevarían a partir del siglo VI el Evangelio a la zona de la actual Qatar, Kuwait, Omán, Bahréin...?[26]

Pero de esta actitud soberana del cristiano, que no puede, no debe, no debería nunca, querer identificarse con un régimen político concreto, además de mártires como Justino, y otros muchos, fue también testigo eminente nuestro obispo Osio de Córdoba, como atestigua uno de los dos escritos auténticos que conservamos todavía de Osio de Córdoba. Me refiero a la carta que escribe al emperador Constancio en el año 355, en la que se dirige en estos términos al hijo de Constantino:

> Yo también fui confesor de la fe al comienzo, cuando hubo una persecución en tiempos de tu abuelo Maximiano. Si tú también me persigues, también ahora estoy dispuesto a soportar lo que sea antes que derramar sangre inocente y traicionar la verdad, pero no tolero que me escribas así y me amenaces. Deja ya de escribir tales cosas, no tengas los sentimientos de Arrio ni escuches a los orientales arrianos ni confíes en Ursacio, Valente y su entorno. Lo que ellos dicen lo afirman no por causa de Atanasio, sino por causa de su propia herejía. Créeme, Constancio, por la edad soy abuelo tuyo. Yo mismo estuve en el Concilio de Sárdica cuando tú y tu bienaventurado hermano Constante nos reunisteis a todos nosotros. Yo mismo, personalmente, convoqué a los enemigos de Atanasio para que vinieran a la iglesia en la que yo estaba viviendo [...]. Deja de ejercer la violencia y no escribas ni envíes condes [...]. Te lo pido, cesa y recuerda que eres un hombre mortal, teme el día del juicio, consérvate puro para ese día. No te atribuyas autoridad para los asuntos eclesiales ni nos des órdenes sobre ellos; por el contrario, aprende eso de nosotros. Dios puso en tus manos el poder, pero nos confió a nosotros los asuntos de la Iglesia. Y así como el que te usurpa el gobierno se opone a lo dispuesto por Dios, de la misma manera teme tú tam-

25 Cf. Angelo di Berardino (2013). Spazio e tempo dell'espansione cristiana. La geografia ecclesiastica fra III e IV secolo [en línea], en *Alberto Melloni, Stefania de Nardis e Istituto della Enciclopedia Italiana (Roma) (eds.). Costantino I: enciclopedia costantiniana sulla figura e l'immagine dell'imperatore del cosiddetto Editto di Milano, 313-2013.* Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana, <http://www.treccani.it/enciclopedia/spazio-e-tempo-dell-espansione-cristiana-la-geografia-ecclesiastica-fra-iii-e-iv-secolo_(Enciclopedia_Costantiniana)> [Consultado el 22 de enero de 2016].

26 Pierre Maraval (2005). *Le christianisme de Constantin à la conquête arabe.* París: Presses Universitaires de France, pp. 98-110.

> bién apropiarte de los asuntos de la Iglesia y ser culpable de un gran reproche. En efecto, está escrito: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt. 22:21). Emperador, ni a nosotros nos es lícito gobernar sobre la tierra, ni a ti te es lícito ofrendar. Te escribo esto porque estoy inquieto por tu salvación [...].[27]

Sobran las palabras. Por desgracia, no fue esta siempre la respuesta de los líderes cristianos a las pretensiones de manipulación por parte del poder político.

Para concluir, retrocedo un breve instante y vuelvo con Tertuliano y su *Apologético* para terminar formulando una pregunta. Al final de su obra, el apologeta terminaba indicando a los magistrados que era inútil lo que hicieran o no hicieran con los cristianos. Si los dejaban en paz, ellos seguirían predicando el Evangelio; si los condenaban a muerte, la sangre de los mártires provocaría nuevos y numerosos cristianos.[28] Esto que fue, ciertamente así, en aquellos primeros siglos de cristianos en torno al Mediterráneo, ¿podría constituir un marco de referencia para las comunidades cristianas del Oriente Próximo hoy perseguidas o no?

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

Patricio de Navascués es decano de la Facultad de Literatura Cristiana y Clásica San Justino (Universidad Eclesiástica San Dámaso de Madrid), así como profesor de teología en esa universidad y en el Institutum Patristicum Augustinianum de Roma. Además, es doctor en Teología y Ciencias Patrísticas con estudios de lengua siríaca. Por último, es miembro del consejo de redacción de las siguientes publicaciones: Fuentes Patrísticas, Apócrifos Cristianos y Augustinianum.

RESUMEN

En esta contribución, de carácter introductorio, se da cuenta de la rápida difusión del cristianismo en los primeros siglos a lo largo y ancho del territorio del Imperio romano, favorecida, en parte, por la red viaria romana, la red sinagogal judía de la diáspora y un cierto aire de época universalista. No obstante, el fenómeno cristiano surge con una originalidad sorprendente al aunar a los distintos pueblos más allá del poder político y de factores sociales y étnicos. Un hombre como Osio de Córdoba, activo entre los siglos III y IV, que desarrolló una incansable labor de gobierno en la Bética hispánica, en territorios del actual Magreb, en Egipto, Siria, Asia Menor (actual Turquía), Dacia (actual Bulgaria), etcétera, es un buen exponente de las raíces comunes de todas las comunidades cristianas que hoy viven en Oriente y que se remontan a una época muy anterior a la de la arabización.

27 Juan José Ayán, Manuel Crespo, Jesús Polo, Pilar González (eds.) (2013). *Osio de Córdoba. Un siglo de la historia del cristianismo: obras, documentos conciliares, testimonios. Op. Cit.,* pp. 39-43.

28 Véase Quinto Septimio Florente Tertuliano y Julio Andión Marán [Traducción, introducción y notas] (1997). *Quinto Septimio Florente Tertuliano. El apologético. Op. Cit.* 50, 13, p. 186.

PALABRAS CLAVE
Evangelización, Antigüedad cristiana, Osio de Córdoba, raíces cristianas, difusión del cristianismo.

ABSTRACT
This introductory contribution encompasses the rapid spread of Christianity in the first centuries that cross the length and breadth of the Roman Empire, advocated in part by the Roman road network, the Jewish synagogue network of diaspora and a certain resemblance to the universalist epoch. That said, the Christian phenomenon emerged with surprising originality upon uniting different peoples beyond political power and social and ethnic factors. A man like Hosius of Córdoba —active in the 3rd and 4th centuries as he carried out the tireless task of governing in Hispania Baetica, in the territories of modern-day Maghreb, Egypt, Syria, Asia Minor (currently Turkey), Dacia (now Bulgaria), etc.— is a good exponent of the common roots from all Christian communities that live in the East today, predating, by some margin, Arabization.

KEYWORDS
Evangelization, Christian antiquity, Hosius of Córdoba, Christian roots, spread of Christianity.

الملخص
تتطرق هذه المساهمة، ذات الطابع التقديمي، إلى الإنتشار السريع للمسيحية خلال القرون الأولى في طول و عرض تراب الإمبراطورية الرومانية، مستفيدة في ذلك من الشبكة الطرقية الرومانية، و من شبكة الكنائس اليهودية في الشتات، و من الطابع الكوني لتلك المرحلة. و مع ذلك، فقط برزت الظاهرة المسيحية بطابع أصيل لافت عند توحيدها للشعوب المختلفة على هامش السلطة السياسية و العوامل الإجتماعية و الإثنية. و تشكل حالة رجل مثل أوسيو دي كُرطبة ، الذي عاش بين القرنين الثالث و الرابع، دليلا على الجذور المشتركة بين الجماعات المسيحية التي تعيش اليوم في الشرق، و التي تعود إلى مرحلة سابقة جدا عن مرحلة التعريب؛ فقد أنجز أوسيو دي كُرطبة عملا حكوميا دؤوبا في إقليم البيتيك الإسبانية، و في تراب المغرب الكبير الحالي، و مصر، و سوريا، و آسيا الصغرى (تركيا الحالية)، و داسيا (بلغاريا الحالية)، إلخ.

الكلمات المفتاحية
تبشير؛ المسيحية القديمة؛ أوسيو دي كُرطبة؛ جذور مسيحية؛ إنتشار المسيحية.